



Anella Verda
d'Andorra la Vella



Comú d'Andorra la Vella

ITINERARIO II

II

EL CRECIMIENTO Y LA URBANIZACIÓN DEL VALLE



ITINERARIO II

- 1 La modernización de Andorra: ¿cómo ha sido?
- 2 Construir un paisaje cultural
- 3 El riesgo de construir en la montaña
- 4 ¿Cómo eran los pueblos?
- 5 La casa como expresión de una sociedad rural

- 6 La casa como presentación de la estructura social
- 7 El pueblo como espacio social
- 8 La vida comunitaria y religiosa
- 9 Andorra: entre la tradición y la modernidad





Anella Verda
d'Andorra la Vella

II

EL CRECIMIENTO Y LA URBANIZACIÓN DEL VALLE

El proceso de urbanización y crecimiento forma parte de los procesos de globalización y es fruto de nuestro tiempo histórico, pero el modo y el momento en el que sucede y la forma que adopta es específica en cada lugar. Andorra es un país pequeño con un recorrido histórico particular y el hecho de que sea un país de frontera ha resultado ser un factor determinante en el proceso de modernización.



**El valle de Andorra
la Vella, 1942-1944.**

Foto: J. Alsina

© F. Alsina / ANA

La modernització de Andorra: ¿cómo ha sido?

Andorra ha conocido una acelerada transformación que ha convertido este país de montaña agrícola y ganadero en un país consagrado al turismo y a los servicios de apariencia moderna y cosmopolita que lo diferencian de otros valles pirenaicos.

Si, durante las primeras décadas del siglo XX, Andorra era una sociedad rural con unos cinco mil habitantes, en la primera década del siglo XXI es una sociedad compleja y diversa con un estilo de vida urbano, donde viven cerca de ochenta mil personas de distintos orígenes, y que cada año recibe la visita de millones de turistas de todos sitios. El crecimiento y la urbanización del valle central de Andorra es el reflejo de las importantes y profundas transformaciones del país.



**Andorra la Vella a
principios del siglo XX.**

Autor desconocido
© F. PPA / ANA

Construir un paisaje cultural

La dureza de la orografía y del clima de la alta montaña han obligado a los andorranos, así como a muchos otros pueblos y comunidades pirenaicas, a intentar sacar el máximo partido de sus recursos naturales y combinar la explotación agrícola en los estrechos valles, donde se concentraban los terrenos más fértiles, con la actividad ganadera que se beneficiaba de la riqueza de los pastos de alta montaña.

Los valles de Andorra han gozado de ricos pastos de verano, bosques y agua, pero, en cambio, han sufrido la escasez de tierras de cultivo, causa de un accidentado terreno. En los fondos de los valles se han concentrado los núcleos más habitados y las tierras de cultivo más extensas y ricas, a menudo a una altitud inferior a 1.500 m, a partir de esta altura se ha ubicado un tipo de hábitat temporal y otras estructuras agrícolas y ganaderas como cabañas, bordas, rediles, ordeñaderos, etc.

La ocupación del territorio y la explotación de sus recursos han ido variando a lo largo del tiempo en función de las necesidades y de las posibilidades, dejando una huella en el paisaje actual que debe interpretarse en clave histórica.

Un sistema moderno de contención para evitar desprendimientos de rocas.



El riesgo de construir en la montaña

Con el crecimiento urbanístico de los núcleos originales, los terrenos disponibles a pie de las vertientes son cada vez más escasos, de forma que el crecimiento se produce de forma ascendente por las vertientes, preferentemente de la solana. Alejados de los riesgos naturales que suponen las avenidas de agua en el fondo del valle, las vertientes presentan otros riesgos naturales no menos importantes vinculados a la evolución del relieve: los riesgos geológicos. Aun cuando el desencadenamiento de estos procesos geológicos tiene un efecto muy bajo a escala humana, las consecuencias de caídas de bloques y movimientos de masas en zonas de riesgo urbanizadas y no protegidas pueden ser catastróficas. En aquellos puntos de la solana donde las zonas urbanizadas y las infraestructuras han ocupado terrenos en zonas con un cierto grado de exposición a las caídas de bloques se han instalado barreras dinámicas de protección como sistema de prevención pasivo, cuya finalidad es disipar la energía de los bloques que caen de la vertiente y parar la trayectoria antes de que lleguen a las zonas a proteger.



**Andorra la Vella a
principios del siglo XX.**

Autor desconocido
© F. PPA / ANA

¿Cómo eran los pueblos?

Los historiadores describen como durante la época romana se empezó a perfilar un espacio rural organizado y como, más tarde, durante los primeros siglos de la época medieval, aparecieron la mayoría de los asentamientos en el país: pequeños pueblos y maserías. Se levantaban en el fondo del valle, en la solana y a salvo de los vientos y el frío, a media pendiente, en una zona libre de riesgos naturales, en un lugar estratégico y, sobre todo, dejando las tierras más planas y ricas para el cultivo, para poder vivir de una economía agrícola destinada al consumo de las comunidades (el tipo de cultivo ha ido variando: cereales, forraje o viña) y de una importante actividad ganadera con el aprovechamiento de la riqueza de los pastos de alta montaña.

En época moderna el crecimiento de la población comportó el crecimiento de los núcleos habitados y de la incidencia de la actividad humana en el fondo del valle, pero también en las vertientes de las montañas, como la solana y la umbría del valle central de Andorra.

Desde la época moderna, los geógrafos, los viajeros y los etnógrafos han descrito las aldeas andorranas como pequeñas agrupaciones de casas agropecuarias, que guardaban la distancia necesaria para aquellos trabajos agrícolas y ganaderos que transcurrían cerca de la casa. También había maserías, bordas y corrales, que eran explotaciones agroganaderas secundarias situadas fuera de los pueblos, repartidas por las montañas, hasta donde se desplazaban los habitantes para trabajar las tierras o llevar el ganado a pastar y que completaban la producción de algunas casas.

**La pequeña plaza
Monjó de Andorra la
Vella en el año 1930.**

Foto: Olivella
© F. Olivella/ANA



La casa como expresión de una sociedad rural

Posiblemente, de todas las construcciones del medio rural de montaña, sea la casa la que ha adquirido una significación más grande en el paisaje cultural. La casa era un espacio de residencia, pero también un espacio de producción agropastoril y de consumo.

Más allá del espacio físico, la casa albergaba un sistema familiar, una organización doméstica, un sistema productivo, unas creencias, unas prácticas, etc. que permitían observar el sistema social y cultural que la rodeaba. Las casas se organizaban en pequeños pueblos. Estos configuraban comunidades de casas en un territorio donde bosques y pastos eran de uso colectivo. La casa y la comunidad eran, pues, elementos característicos de la sociedad andorrana con un sistema económico rural de montaña.

En un mismo núcleo de población se podían observar distintos tipos de casas. El tamaño, la decoración de la fachada, los materiales o la ubicación de cada casa mostraban la posición social, económica y política en relación con las otras. Las casas más fuertes y con más peso en la comunidad se distinguían de las demás: todo el mundo conocía a las personas que vivían en ellas y a quienes, a menudo, se les conocía por el nombre de la casa.

**El entorno de Casa
de la Vall en los años
30 y 40.**

Foto: Olivella

© F. Olivella / ANA



La casa como presentación de la estructura social

Las casas y los demás edificios se construían con la idea de perdurabilidad. Estaban pensados para sobrevivir a las personas. Más allá de la funcionalidad de los espacios, eran la representación física de los que allí vivían. La decoración de las fachadas variaba según la posición social de la casa: blanqueada, revocada, decorada con molduras, etc. En función de los criterios estéticos del momento, las fachadas más ornamentadas (con motivos geométricos o vegetales, con imitaciones de elementos constructivos, etc.) pertenecían a las familias con una posición económica y social más fuerte en el seno de la comunidad (Casa Guillemó). Las casas evolucionaban y se adecuaban a las necesidades de cada momento y de los que vivían en ellas, pero también a las tendencias constructivas.

La Casa de la Vall es uno de los edificios emblemáticos del país y la sede del Consejo General (el Parlamento). La familia Busquets construyó esta casa solariega en el año 1580, tal y como se puede observar en el escudo del arco de la entrada principal, siguiendo el estilo constructivo de las grandes masías catalanas de la época. En el año 1702 fue adquirida por el Consejo General, cuando uno de los propietarios murió sin descendencia y se convirtió en la Casa de la Vall, donde se dirimían todas las cuestiones de interés general.

La Casa de la Vall es una construcción viva que se ha modificado en función de las necesidades y que ha sufrido importantes transformaciones. La primera gran intervención se realizó para adaptar la residencia como sede del Consejo y se ha ido habilitando para desarrollar en ella distintas funciones. Arquitectónicamente, en el año 1962 se modificó el interior construyendo una tronera simétrica a la original y se eliminó el revoque exterior. El entorno también ha cambiado considerablemente y ha perdido gran parte de su preeminencia espacial que le confería la roca sobre la cual se levanta este singular edificio.

**El lavadero de
Andorra la Vella,
año 1930.**

Autor desconocido
© F. Olivella / ANA



El pueblo como espacio social

En el pueblo transcurría la vida social y asociativa de sus habitantes, y la calle, la plaza, el café, la fuente o la iglesia se convertían en espacios de encuentro. Se podían encontrar toda una serie de edificios significativos como la iglesia –centro de la vida social y religiosa–, diversidad de viviendas (casas más grandes, casas más pequeñas), distintos tipos de construcciones agropastoriles (cobertizos, pajares, corrales...), pequeñas industrias (molinos, serradoras), edificios administrativos (quarts, comuns) y, fuera del pueblo, maserías, bordas, cabañas, ordeñaderos, etc.

El pueblo también constituía el marco donde se desarrollaban y organizaban las actividades agrícolas y ganaderas, aprovechando tanto los recursos privados de cada casa como los de propiedad comunal (pastos, bosques, agua...), y donde entraba en juego la vida social y política.



**La iglesia de Sant
Esteve de Andorra la
Vella a principios del
siglo XX.**

Autor desconocido
© F. PPA / ANA

La vida comunitaria y religiosa

Más allá de los recursos de cada casa, el entorno de montaña ofrecía toda una serie de recursos (pastos, bosques, agua...) que pertenecían a la comunidad. Las casas, por el mero hecho de pertenecer a la comunidad, adquirirían una serie de derechos sobre los bienes comunales, como por ejemplo el derecho de hacer leña, el derecho de madera para la construcción o el mantenimiento de las casas... La organización y el uso de los recursos y los servicios que ofrecía esta organización comunitaria han ido variando con el tiempo, respondiendo a las necesidades y a los intereses económicos y sociales de cada momento. Es decir, que las casas campesinas no son unidades aisladas, sino que deben entenderse como parte de una comunidad en los aspectos productivos, pero también sociales, políticos y religiosos.

La iglesia de Sant Esteve ha sido una parte esencial de la configuración espacial del pueblo y es espacio religioso y comunitario. La primera referencia documental es del siglo XI, pero hoy en día conserva sólo parte del ábside de lo que fue el templo románico, con una importante decoración escultórica. La iglesia parroquial es el fruto de modificaciones y ampliaciones, las más importantes realizadas en el siglo XX: las capillas laterales, el levantamiento de otro piso en el campanario, la construcción de la actual puerta de la pared de poniente, obra del arquitecto Puig i Cadafalch y el cambio de orientación y ampliación de la nave. De hecho, el entorno se ha transformado considerablemente, como también lo ha hecho el papel de la iglesia y el sentimiento religioso.



Andorra: entre la tradición y la modernidad

El urbanismo de los pueblos se ha modificado notablemente, así como el tipo de construcciones, como reflejo de nuevos patrones de vida más urbanos. Las transformaciones de estos patrones o estilos de vida son un reflejo de la transformación cultural y consecuencia del cambio económico y social. Aun así, este proceso de urbanización sufre la falta de territorios fácilmente urbanizables en el fondo del valle y lentamente se extiende hacia la montaña. No obstante, todavía coexiste lo que queda de las viejas casas solariegas y de algunos callejones y plazoletas en los núcleos del barrio antiguo, el Pui o el Puial o en el entorno del núcleo de Santa Coloma, con bloques de pisos y edificaciones modernas donde, a menudo, la piedra ha dejado de ser la base constructiva para convertirse en un elemento ornamental.

El tipo de construcción que urbaniza la Andorra de hoy en día responde al momento histórico presente, a una realidad social, económica y tecnológica. La construcción con estructuras de piedra y madera, o cubiertas de losas de pizarra son lo que queda en el imaginario sobre la "construcción tradicional", pero tal vez cabe pensar en los aspectos que incidieron en las estructuras arquitectónicas que desaparecen en su imbricación con otras construcciones, su función productiva, sin olvidar su significación social, con todo su contenido simbólico y estético.

Finalmente, la construcción de casas, pueblos o ciudades forma parte del paisaje cultural donde se producen unas estructuras sujetas a las necesidades, siempre cambiantes, de las personas que las construyen y las habitan.

**Casa Guillemó y la
actual plaza Príncipe
Benlloch en el año 1907.**

Foto: Guillem de Plandolit
© F. Guillem de Plandolit / ANA





Comú d'Andorra la Vella

Los itinerarios interpretativos y las zonas temáticas son parte esencial de la *Anella Verda* (Anillo Verde) de Andorra la Vella, estructurados por un conjunto de valores naturales, culturales y sociológicos, permitiéndonos conocer los recursos existentes y la organización social a través de la historia, y mostrándonos como ha evolucionado la parroquia y como se ha ido configurando el espacio urbano.

El Anillo Verde es un continuo natural alrededor de la ciudad, articulado por un grupo de enclaves de alto valor ecológico, paisajístico, histórico y cultural, y que permite valorar ambiental y socioculturalmente la periferia de la ciudad.

Información

Oficina de Turismo

Plaza de la Rotonda s/n

AD500 Andorra la Vella

Tel.: 00376 827 117

turisme@comuandorra.ad

www.andorralavella.ad/anellaverda